

BLAZ DIETSCH  
EL EXHUMADOR

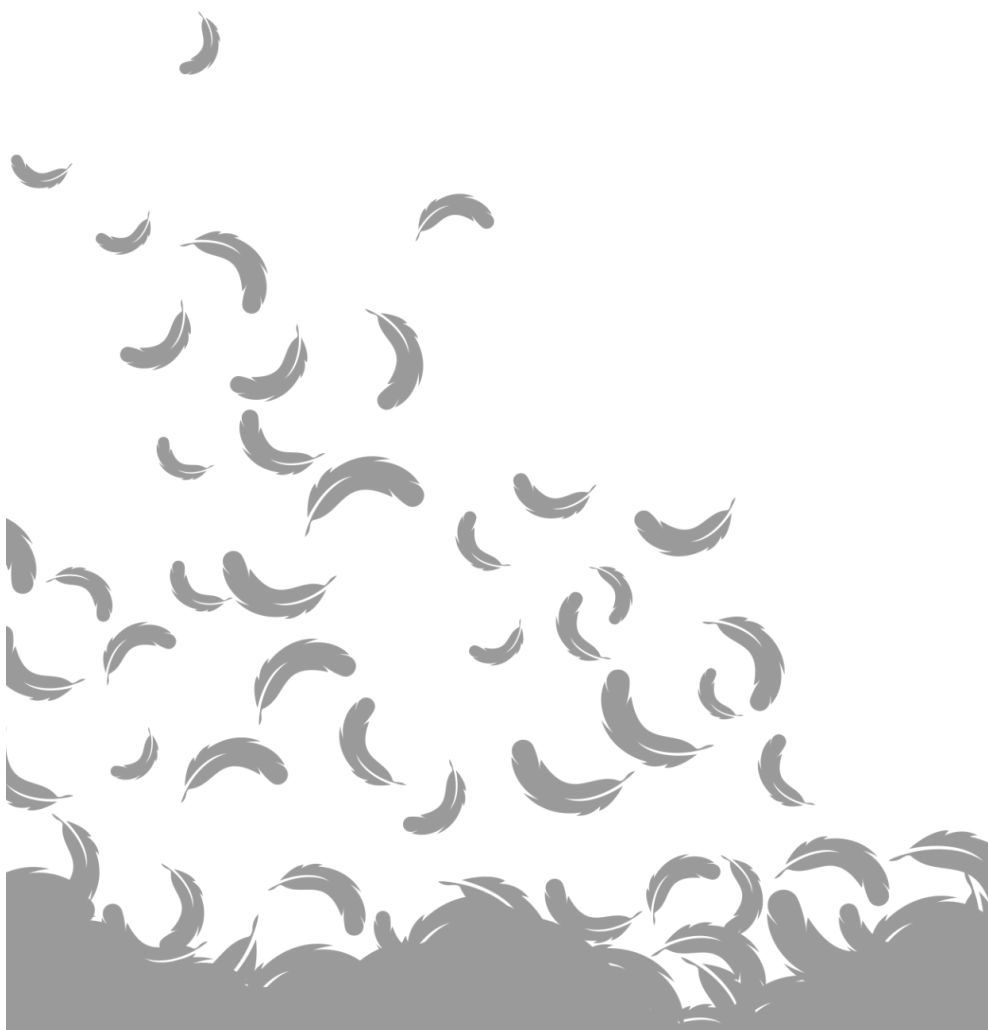


Áurea Ediciones

© El Exhumador  
Sello: Tricéfalo  
Primera edición: Junio 2023  
© Blaz Dietsch  
Edición general: Aldo Berríos  
Ilustración de portada: José Calanes  
Edición de textos: Katherine Hoch  
Corrección de textos: Felipe Reyes  
Diagramación: Marcela Bruna

© Áurea Ediciones  
[www.aureaediciones.cl](http://www.aureaediciones.cl)  
Errázuriz 1178 of #75, Valparaíso, Chile  
ISBN: 978-956-6183-40-2

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente,  
sin permiso escrito del editor.  
Todos los derechos reservados.



CLARA



# 1.

Saqué la pala de la tierra y la limpié golpeándola contra la suela de mi bota. Me la llevé al hombro a la espera del golpe. Sentí la inconfundible onda de aire frío que los acompaña donde sea que vayan.

Así fue como recibí a mi primer doliente, siendo el único que quedaba en el cementerio: dándole la espalda, respirando la humedad de la tierra con la vista fija en un sol naranja que estaba pronto a desaparecer. No dijo nada. Yo sabía que estaba ahí. Una de mis virtudes es que me llevo bien con el silencio.

—¿Quién viene? —pregunté con falsa indiferencia, pero no tuve respuesta.

Quizás resulte apropiado aclarar qué es lo que hago. Mi nombre es Uriel Blasco y soy un Exhumador.

Todo mortal después de cierto tiempo quiere descansar, traspasar el umbral que divide el mundo de los mortales con el espiritual y cruzar el anhelado Pórtico Dorado para alcanzar el Plano Divino o Mundo Final, hogar de los Dioses y demás seres inmortales. Sin embargo, son muchos los que, tras morir, no pueden hacerlo, hay problemas y cuestiones que resolver, lo que los obliga a permanecer como espíritus errantes en el Inframundo. Esto los transforma en lo que nosotros llamamos dolientes.

Es ahí cuando nuestra labor comienza. Somos su única alternativa. Por eso ellos acuden a nosotros, los Exhumadores. En términos sencillos, no hacemos más que prestar un servicio. Ahora la pregunta es, ¿por qué nosotros? ¿Por qué los Exhumadores ayudan a los dolientes? Esa pregunta exige dos tipos de respuestas, una práctica y otra de índole sustancial.

En lo relativo a la parte práctica, no cualquiera puede hacer

lo que un Exhumador hace. Un mortal corriente no puede ver lo que nosotros vemos. Tenemos un don, un poder especial otorgado por Hela, Diosa de la muerte y señora de todos los Exhumadores. Contamos con una ínfima parte del incalculable poder que ella tiene como una de los Catorce Dioses. Nacemos con el Poder de Muerte y desde nuestro nacimiento estamos condenados a trabajar como sus súbditos.

En lo sustancial, los Éteres que contienen la fuerza que alimenta a los Catorce exigen que los mortales lleguen al Plano Divino. Es el ciclo que sostiene nuestra existencia y si los dolientes se ven impedidos de hacerlo se puede generar una disrupción que nos afectaría tanto a nosotros como a los propios Dioses que crearon y gobiernan todo lo que existe. Por esto Hela es reconocida como una de las más poderosa de los Catorce y nosotros como respetados servidores que ayudamos a prevenir que el mundo que nos rodea se desmorone y sea consumido por el Olvido. Como se pueden imaginar, es una misión bastante importante y por ello los Exhumadores tenemos un especial recibimiento en todos los Planos de la realidad. Hela no solo nos otorgó este poder, sino que ha procurado alimentar nuestra reputación.

No sé cuántos Exhumadores somos, tampoco cuántos han existido. Nuestra señora, desde el más allá, ha procurado revelar lo preciso y necesario. Es una de sus grandes fortalezas. Sabe que la ignorancia en los demás garantiza ventajas. No me extrañaría saber que existe una razón, pero ni siquiera mi viejo maestro, el famoso Bernabé Dubó, la conocía.

Bernabé.

¿Qué les puedo decir del viejo? Él fue quien me rescató cuando era niño y me enseñó todo lo que soy. A mi padre jamás lo conocí y mi madre no tuvo el más feliz de los finales. A los nueve años era un niño en un mundo que desconocía. En ese momento no sabía qué era un Exhumador. ¿Cómo podría saberlo? Era un pequeño indefenso hasta que llegó Bernabé a mi rescate. El viejo fue uno de los Exhumadores

más poderosos que ha existido, el último gran regente de la Primera Orden y cabeza que dirigía el gremio en Osteldok, pero también el padre que nunca tuve. Perderlo fue una experiencia dolorosa. Llevo mucho tiempo vivo y en esta profesión es común perder amigos, aprendes a vivir con ello, pero las cosas son distintas cuando lo que pierdes es a tu familia.

Como supe después, el viejo sabía mucho más de lo que me quiso explicar. Emuló mejor que nadie la táctica de Hela. La ignorancia de quienes te rodean y dependen de ti es una herramienta muy útil cuando sabes utilizarla.

Bernabé fue el regente más importante de nuestra orden en Osteldok. Osteldok es un lugar especial. Me atrevería a decir que es el centro del Plano Mortal. Es cierto que está rodeado por otros países que también contienen importantes ciudades y culturas, pero mi vida siempre ha transcurrido dentro de este vasto territorio. Me ha tocado visitar la mayoría de sus localidades, desde la lluviosa tundra del norte hasta el templado sur. Desde el árido sector oriental hasta el primaveral oeste, cruzándose muchas veces en mi camino la deslumbrante capital, que es donde la riqueza y tradición de Osteldok se concentran. Si la vieran quedarían asombrados. El majestuoso palacio de gobierno, rodeado de altísimos edificios clásicos y cuidadas avenidas transitadas por las más diversas personas que llegan desde toda la región. En su deslumbrante cielo se ven globos aerostáticos que expelen vapor, vapor que es la base de la energía que mueve todo en la ciudad. Osteldok es el centro neurálgico del Plano Mortal, por lo mismo, la mayoría de las veces en que un nuevo doliente toca mi puerta, me veo obligado a viajar allí para ayudarlo a resolver el problema que le impide alcanzar el Mundo Final.

Nunca he vivido en la capital, demasiado ruidosa para mí. Al ser la ciudad más habitada de Osteldok, en ella me siento como un ciudadano más. De todas maneras, gracias a nuestro trabajo tenemos la suerte de viajar por una amplia gama de climas y ciudades, lo que me permite cambiar de aire y dis-

frutar de los beneficios que cada ciudad, pueblo o poblado ofrece. Eso puede ser liberador, sobre todo considerando el páramo que es Dármaso, donde vivo.

Siempre me he preguntado por qué la Primera Orden decidió instalar el cementerio, su principal centro de operaciones en el Plano Mortal, en un pueblo tan abandonado como Dármaso. Está ubicado en la parte norponiente de Osteldok y combina lo peor de ambos territorios. En el invierno, la fría y constante lluvia del norte inundan todo, y en el verano nos abraza el seco y agobiante calor del Desierto Azul. Cuando Lozif, el Impío, en cumplimiento del mandato de Hela, llegó al Plano Mortal y fundó la Primera Orden, hace más años de los que soy capaz de contar, decidió construir aquí el cementerio.

Para los integrantes de la Primera Orden el cementerio es nuestro hogar. Se trata de un antiquísimo edificio elaborado con una piedra tan negra como la chaqueta de un Exhumador. Está rodeado por las tumbas de los antiguos habitantes de este pueblo. Las murallas, pilares, vigas y techumbres han sido reparadas una y otra vez por todos aquellos que hemos formado parte de la Orden. Las generaciones de Exhumadores que hemos habitado este lugar ayudamos en su mantención y cuidado, ya que el edificio es demasiado viejo y si no lo hiciéramos estaría en el suelo con tan solo intentar resistir el temerario clima de Dármaso.

La edificación en sí es bastante sencilla, son tres pisos coronados por un torreón central donde cuelga una gran campana de hierro que reluce con la luz del sol. Era habitual, como castigo para los aprendices, tener que subir la torre y pulir la campana hasta que Bernabé considerara que brillaba lo suficiente. Recuerdo que Marduk, quien disfrutaba como nadie con sus travesuras, decidió hacerle una pesada broma al mismísimo Bernabé. El viejo se enfureció y al atardecer lo envió a la torre a pulir la campana. El pobre Oso, como lo bautizó Bernabé, se vio obligado a seguir trabajando durante



la noche hasta que consiguiera que la campana brillara con la luz de la luna. Para la mala suerte de Marduk, esa noche en el cielo no hubo más que gruesas nubes de una lluvia torrencial que no paró hasta el amanecer. Mientras el resto de nosotros comía o dormía, Marduk tuvo que soportar toda una noche de lluvia sin poder dejar de pulir la campana bajo la penetrante mirada de Bernabé. Al final, el pobre desgraciado agarró una gripe terrible y estuvo postrado en su cama tres días completos. Yo nunca tuve que pulir la campana, soy bueno siguiendo las reglas.

Lamentablemente hoy la campana está tan opaca como el propio cementerio. Han pasado años desde que no recibimos aprendices y yo estoy viejo como para encaramarme en la torre y sacarle algo de brillo. Aun así, como esperan los pocos habitantes de Dármaso, a veces la hago sonar para que sepan que todavía estamos aquí.

En la tercera planta está la biblioteca, oscuro lugar en el que teníamos que pasar horas estudiando lo que un Exhumador tiene que saber. En la segunda planta hay un par de piezas con camas tan duras y desgastadas como las rocas del frío río que corre no muy lejos del pueblo. Nadie creería que fuese posible descansar en ellas, pero nosotros ya estamos acostumbrados y después del entrenamiento de Bernabé nos parecían lechos reservados para los Dioses. Finalmente, en la primera planta está la sala central con su gran chimenea, que es donde me siento a escribir. Ahora parece un lugar muy triste. Estoy solo, rodeado de todos mis diarios, junto a una pequeña llama que mantiene el poco calor que hay dentro de la habitación. En el pasado, era aquí donde nos reuníamos a compartir casos con el Escuadrón. Reíamos con las hilarantes historias de Marduk y disfrutábamos de la comida que nos preparaba el viejo. Por los Dioses, ¡cuánto extraño sus chuletas de cerdo con puré de manzanas verdes! Además, en la parte delantera del edificio, hay una oficina que hoy uso para guardar el licor, lo que la transforma en mi habitación

preferida.

Son más de mil años en que la Primera Orden y los Exhumadores llevan cumpliendo su misión, pero cuando partió este relato solo quedaba yo en el cementerio. Tras la separación del Escuadrón y la muerte del viejo, los años más felices de mi vida quedaron atrás y terminé como único habitante del cementerio. Bernabé había muerto hace un par de días y su entierro fue tan triste como sus últimos días vida. Hubo una época en la que éramos varios los aprendices y parecíamos una verdadera familia, pero no logramos superar ciertos problemas de la traición y la soledad quedó como mi única compañera. Al final no éramos más que él y yo, el maestro y su fiel aprendiz, el padre e hijo que ninguno tuvo. Escuché sus desvaríos hasta el último día. Sabía que no iba a ser un doliente que necesitara de un Exhumador. Murió en pleno conocimiento de sus pecados y tenía tareas que cumplir al otro lado. Maldito Bernabé. Al enterrarlo junto a las tumbas anónimas que adornan nuestro jardín no me quedó más que deseárselo un buen viaje y quedar atento a sus instrucciones. Estaba convencido de que llegarían pronto, no importaban los estúpidos compromisos personales, las deudas y pactos suscritos. Recuerdo que esperaba algún mensaje del viejo. En el fondo sabía que me querían a mí y desafortunadamente a nadie le importa lo que uno quiera mientras la rueda siga girando. Sin tener noticias al respecto acepté actuar como regente de facto. Nuestra orden tenía que seguir sirviendo de acuerdo al plan original y no había nadie más que yo para hacerlo.

Se acercaba el tiempo de cosechas según nos enseñó Bernabé, así que trabajé en el huerto que teníamos en el campamento junto al pozo. Tenía expectativas, los períodos de lluvia no habían sido tan espantosos como otros años. Hasta la llegada de mi visitante la única compañía que tenía era mi pala y estaba dando por terminado el día con el sol del atardecer

brillando sobre mi cabeza.

El primer consejo de Bernabé: Nunca demuestres mucho interés en los casos. Si notan un dejo de él, estarás perdido.

—¿Me puede ver?

Su voz era de una gentileza insoportable. Quién sabe lo que había tenido que soportar para encontrarme.

—Y escuchar.

—¿Señor Uriel Blasco?

—El mismo.

Inesperadamente se puso a llorar. No era en absoluto la reacción que esperaba. Cuando recibíamos a un doliente generalmente eran bastante irrespetuosos y altaneros. Asumían que estábamos a su servicio y que nuestra obligación era ayudarlos a cruzar el Pórtico Dorado. En cierta medida lo es, pero ellos no lo saben. Con ella fue todo lo contrario: abandoné mi indolencia y volví la mirada para verla de frente. Ante mí apareció una hermosa muchacha de larga cabellera rubia bañada en el rojo sol de Osteldok. Flotaba a un par de metros con la mirada fija en el piso. Me quería mirar, pero no se atrevía. Llevaba un bello camión de dormir que parecía bailar. Sus manos sostenían un pañuelo de seda que frotaba con desesperación. Sus hombros estaban encorvados, como tratando de sostener una armadura invisible que la protegería ante una amenaza inesperada.

No creía que su actitud obedeciera a mi presencia. Después lo confesó: el temor lo era todo. La ignorancia del vacío puede ser aterradora.

—Lo siento —se disculpó entre sollozos mientras limpiaba sus grandes ojos con su pañuelo—. Lo he estado buscando desde hace mucho tiempo.

—Hay que saber cómo llegar.

—Después lo descubrí, señor Blasco.

—Llámame Uriel.

—Necesito su ayuda.

—Si quieres podemos entrar.

Su ingenuidad me quitó el aliento, ¿cómo alguien así podría estar en el cementerio? Jamás imaginé que sería tan difícil mantener una posición de apatía con alguien sincero. De no ser Exhumador no hubiese dudado un segundo en abrazarla y confortarla. Era una niña que necesitaba ser protegida.

Dejé de lado las herramientas del huerto salvo la pala, un Exhumador nunca deja su pala. Entré al edificio con Clara a mis espaldas. Podría haber cerrado la puerta y para ella como doliente no hubiese significado nada, pero preferí mantenerla abierta hasta que cruzara el umbral y reconociera el lugar. Algo me obligó a mostrarle que no había nada que temer. Tras un rápido examen del lugar que utilizaba como oficina, ella volvió la mirada hacia mí y con un leve gesto la invité a entrar. Cerré la puerta y me dirigí al mueble donde guardaba el licor.

—Te ofrecería algo para beber, pero bueno —dije mientras sacaba la licorera del bolsillo de mi chaqueta.

Ceremoniosamente deposité la licorera sobre la mesa junto a la botella de whisky con la que la iba a rellenar. Fue el último regalo que recibí de parte del viejo. Desde hace mucho que detesto mi cumpleaños y él lo sabía mejor que nadie, pero se las arregló para comprarla en la capital y entregármela como un tótem de modernidad. Tiene una cámara doble que, gracias al vapor que genera de manera autónoma, mantiene refrigerado su contenido, lo que en mi caso nunca es otra cosa que whisky. Presioné la tapa, lo que accionó el mecanismo interno y se abrió mientras una suave nube de vapor envolvía la licorera. Le di un trago para vaciar lo poco que le quedaba y la rellené con una nueva y generosa carga.

Me senté en la mesa que ocupaba casi la mitad de la habitación. Quedé frente a Clara, quien no dejaba de mirarme, pero yo solo miraba el dibujo dorado que adornaba mi licorera.

—¿Entiendes dónde estás?

Esa es la primera pregunta que todo Exhumador debe

hacer para conocer a su invitado. No todos entienden qué es lo que está ocurriendo ni por qué son espíritus vagabundos.

—Estoy muerta —susurró sin poder evitar que las lágrimas cayeran por sus pálidas mejillas.

Yo me limité a asentir y beber un trago.

—¿Sabes en qué lugar estás?

—¿Osteldok?

—Sí y no. Yo estoy en Osteldok. Dármaso y el cementerio están en Osteldok, la tierra de los vivos. Tú no. Estás muerta y los dolientes no pueden estar en el Plano Mortal.

—¿Dónde estoy?

—Estás en el Plano Espiritual, lo que existe entre el mundo de los vivos y el Mundo Final.

Se quedó mirándome intentando procesar la información.

—¿Una especie de limbo?

—Más o menos.

—Y, si estoy muerta, ¿por qué estoy en este limbo?

—Estás aquí porque necesitas de un Exhumador. Hay que resolver el misterio.

—¿Qué misterio?

—¿Recuerdas cómo moriste?

—Todo ha sido demasiado rápido. Cuando desperté lo primero que vino a mi mente fue el mensaje: “Busca a Uriel Blasco, el Exhumador”.

Nuevamente sus ojos se anegaron en lágrimas. Tuve el impulso de extender un pañuelo, el impulso de un caballero. Ella tenía el suyo.

—¿Es por eso que tenía que encontrarlo?

Estando tan asustada actuaba con mayor perspicacia que muchos otros dolientes que han vivido años en El Paso.

Di un nuevo trago y encendí un cigarrillo. El tabaco es un gran compañero a la hora de escuchar.

—¿Qué es lo que recuerdas?

—Recuerdo a mi familia. A Simón.

—¿Simón?

—Mi prometido. Nos íbamos a casar cuando cumpliera diecisiete.

Bernabé siempre fue un romántico, era feliz cuando el amor lo rodeaba.

—¿Cuál es tu último recuerdo?

Me miró directamente a los ojos y desvió la mirada. No pude evitar enternecerme con ese gesto infantil.

—Estaba en casa, enojada, había discutido con mi hermana.

Clara fue parte de una de las familias más ricas de Osteldok. Su padre, Zacarías Berdamó, era uno de los grandes magnates del oro y estaba casado hace más de treinta años con su querida mujer. Tenían tres hijos, el primogénito que se haría cargo de la empresa familiar cuando el padre muriera y dos hermanas mellizas. Clara era una de ellas. Uno de los socios y amigo de su padre había sido tan rico como él, pero perdió todo con sus vicios. Juego, mujeres, alcohol, narcóticos. En su lecho de muerte reconoció todos sus errores e imploró por el perdón de su familia y amigos. El padre de Clara aceptó sus disculpas. Como un último gran favor, le pidió que recibiera a su esposa e hijo. Esperaba que el pequeño aprendiera de Zacarías lo que es el sacrificio, trabajo y éxito. Así fue como la viuda y Simón llegaron al hogar de los Berdamó, vivían con ellos desde que Clara tenía diez años.

—¿Sabes por qué alguien querría asesinarte?

La momentánea tranquilidad que gobernaba la escena fue reemplazada súbitamente por el estupor. Desde luego que no tenía idea de que había sido asesinada. Más de treinta años como Exhumador y actuaba como un principiante. Si el resto del Escuadrón hubiese estado ahí conmigo me hubiesen fulminado por incompetente.

—Siento ser yo quien te lo diga, pero así fue. Te asesinaron y por eso estás en El Paso. Por eso viniste al cementerio.

Tomé la licorera y me levanté de la silla mientras daba una última calada a mi cigarrillo y lo apagaba en el cenicero lleno